

LA AMÉRICA **NUESTRA**

El mundo está en una encrucijada. Si bien las migraciones y lo que ellas conllevan son inherentes al devenir del género humano, hoy en día se han convertido en uno de los retos más grandes que tiene que afrontar el mundo globalizado. En Nuestra América lo resentimos todos, todos los días. Nuestros migrantes. Está claro, el flujo migratorio de los países pobres a los países ricos se disparó debido en gran medida a los ajustes neoliberales realizados a la economía mundial, que polarizaron más aún el planeta. Esa es la cruda realidad.

Elaborar un concepto de América Latina y el Caribe que desborde los límites de las fronteras geopolíticas, para incluir a su población asentada en otras latitudes, implica reconocer al fenómeno migratorio como uno de los que más impactan a la región. Este es uno de los ejes de *Archipiélago*, plasmado desde los inicios en el logotipo de la revista, en el que aparece la línea quebrada de la frontera que nos separa de la otra América, la anglosajona, pero que a la vez nos integra con los millones de paisanos que habitan en aquellos territorios. Los orígenes de muchos de ellos se remontan a tiempos lejanos. En 1848, cuando México se vio obligado a ceder más de la mitad de su territorio a los Estados Unidos mediante los Tratados de Guadalupe Hidalgo, después de haber perdido la guerra declarada por su vecino del norte, la población mexicana que allí habitaba tuvo que asimilarse a la nueva nacionalidad, gestándose en su identidad un sincretismo. Con el tiempo serían reconocidos como “chicanos”, cuyas manifestaciones culturales hemos recogido muchas veces en estas páginas, comenzando por el mismo número cero que publicamos en 1992, en el que aparece un cuento del connotado escritor chicano Jim Sagel.

Según el Pew Hispanic Center (PHC), en 2011 los latinos e hispanos ya constituían la primera minoría de dicho país, con más de 52 millones de personas, cantidad que se triplicará para 2050, lo que representará un 29% de la población estadounidense. De ellos, más de 12 millones son indocumentados, dos terceras partes de origen mexicano, en su inmensa mayoría integrantes de la diáspora de trabajadores que han tenido que recurrir a esta acción para encontrar la subsistencia, que en sus países de origen se les dificulta. En la actualidad, como sabemos, su situación se ha complicado extremadamente. La expulsión masiva de migrantes es una de las propuestas de la nueva política estadounidense, a cargo de Donald Trump y su equipo, en la que privan el racismo y la xenofobia. Millones de indocumentados están en riesgo de ser deportados en cualquier momento.

Ese muro fronterizo que hoy se menciona insistentemente debimos haberlo construido los mexicanos para impedir que penetraran al territorio de Texas, entonces perteneciente a la república mexicana, los colonos estadounidenses angloparlantes –“migrantes” se diría ahora–, quienes desataron en 1836 una guerra contra el país que los había acogido, apoyados veladamente por las tropas del Tío Sam. Esa guerra de Texas, que también perdió México, fue el preámbulo de la que estallaría diez años después, en 1846, contra la misma potencia del norte. La Doctrina Monroe –“América para los americanos”– estaba vigente desde 1823. El señor Trump debe recordar dichos acontecimientos.

El corazón es la memoria. En el primer párrafo de la Segunda Declaración de La Habana (1962), Fidel cita las palabras que escribió José Martí el 18 de mayo de 1895, en carta inconclusa a su amigo mexicano Manuel Mercado: “Ya puedo escribir... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso...”

Fidel. El grito cundió por toda la isla al paso de las cenizas: ¡Yo soy Fidel! A las 10:29 horas del viernes 25 de noviembre de 2016 había fallecido en La Habana el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz, a la edad de 90 años. Galo Galarza, diplomático ecuatoriano, miembro de nuestro Concepto Editorial y actual Embajador de su país en el Uruguay, resume el pensamiento de *Archipiélago* en estas palabras: “Murió físicamente el líder cubano al que sus enemigos mataron tantas veces que lo hicieron inmortal. Su figura se levantará en la historia de Cuba, junto a la de Martí, como un faro poderoso que alumbre la trayectoria y el futuro de ese heroico y sufrido pueblo, de esa maravillosa isla que a veces parece flotar sola en un mar atestado de tiburones, en un mundo gobernado por canallas.”

Fidel descansa ya en el cementerio de “Santa Ifigenia” de Santiago de Cuba, al lado de José Martí. El personal de la Embajada de Cuba en México lo despidió con el siguiente mensaje: “Te vamos a extrañar, Comandante, los hombres y mujeres honrados del mundo te vamos a querer y recordar por siempre, como defenderemos y preservaremos esta Revolución que tú levantaste con y para los pobres de tu tierra y el mundo. ¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE, FIDEL!” Así sea.